

Algo más que una simple historia senil: *El Abuelo*, de Mario Vargas Llosa

Paco Tovar

Es opinión de Mario Vargas Llosa, en propias declaraciones, que lo importante de una obra literaria de ficción, de una novela, de un relato, ligados a su misma naturaleza, a la del escritor y a la del entorno que los hace posibles, no se encuentra en la muestra exacta de una imagen real, en su simple sentido testimonial, de documento distanciado y objetivo o de actitudes o creencias condicionadas por una doctrina superior, personal o compartida, por justa que parezca, siempre excesivamente limitada y excluyente, sino en añadir a lo externo y anterior un mundo nuevo, convirtiéndolo en centro de atención y compromiso, mediante la plena asunción de su efectividad, el consciente ejercicio intencional y la máxima profundidad significativa.

La sobrevaloración de un mensaje, concebido como "ilustración de una convicción de tipo político o histórico" ⁽¹⁾ ya existente, tiende a minimizarlo, a ridiculizarlo o a anularlo, si se contempla como tal en un único fin mostrativo o demostrativo, dentro de un objeto artístico; la certeza de un querer ir más allá, de un desear estar siempre libre y atento ante la vida, da como resultado un afán del hombre por encontrar las claves de su verdadero ser complejo y conflictivo, desvelarlas en lo posible dentro de un texto ordenado y aceptar en él todos sus límites y cualquiera de sus fugas. Sólo así puede el sujeto reconocer lo que tiene, descubrir su sentido y señalar sus logros y sus carencias. El narrador ha de exponer, contándola, la esencia misma de "una realidad autónoma, de una realidad soberana" ⁽²⁾, sin perder de vista ciertos episodios de la vida, aquellos que más le afectan por haberlos hecho suyos y querer ofrecerlos, después de haberlos creído comunes. La experiencia y la razón íntimos, se convierten, a través de su configuración imaginativa original, en otro rito que comprende la herencia y la tradición, lo colectivo, situándolo en ese ámbito que permita un primer encuentro, siempre inicial, siempre susceptible de repetirse y siempre último, pero también incita a intuir su misterio y tratar de localizarlo en su misma raíz.

La complejidad del universo que nos posee, nos pertenece y nos proyecta, exige una dinámica y un diálogo continuos. Seguir adelante depende del esfuerzo por realizar y cumplir

un trabajo en el que la palabra y el pretérito tienen mucho que decir aún. El proceso es infinito y a todos nos compromete en un juego arriesgado en el que existen leyes y reglas, pero también admite la capacidad del sujeto para transgredirlas. El acto literario, desde cualquier ángulo, con su correspondiente perspectiva, pone de manifiesto la aventura de quien se empeña en buscar, asimilar y alcanzar su destino, convirtiéndolo en una "insurrección, una rebelión permanente, contra uno o varios aspectos de la realidad" (3).

Apariencia y símbolo

La máquina creadora de Mario Vargas Llosa inicia sus movimientos con **Los jefes**, un volumen de seis cuentos, entre los cuales aparece "El abuelo" (4). José María Castellet asevera que este relato no reúne algunas de las constantes de la narrativa vargasllosiana, ya registradas en sus primeras páginas y desarrolladas luego en las novelas que habrán de sucederlas. Se señala la ausencia de la violencia y, por consiguiente, la técnica para expresarla. "El abuelo", dice Castellet, es una historia de terror en la que destaca una "cierta locura senil del personaje central" (5). Algo falla, creemos, si se acepta esta afirmación sin cuestionarla o, cuando menos, sin atrevernos a matizarla en función de una serie de relaciones internas, en su sentido más restrictivo; del contacto con los otros cuentos, no en la línea continuista sino complementaria; y del significado que adquieren todos cuando se contempla el conjunto de una obra y un entorno plenamente responsables y asimilados.

Es innegable que este relato se aparta de la tipología formal de los que le acompañan; también es verdad que apunta hacia esa zona en la que destaca el miedo, no en su aspecto más primitivo sino en la lógica exposición del proceder individual de alguien que está en el límite de su tiempo y fuera de la razón, comparada ésta con la que justifica los hábitos de una sociedad equilibrada, acostumbrada a rechazar las causas profundas de los hechos, juzgándolos por sus simples apariencias; no podemos admitir, sin embargo, que no haya violencia en la brevedad de lo que se nos dice ni una técnica medida para expresarla, si bien diferentes a las asumidas y representadas en el necesario discurrir de otros argumentos. En cualquier caso, la supuesta disimilitud de "El abuelo" se deriva de su máscara consecuentemente tratada; el protagonismo del viejo una trampa que esconde el demonio trágico de los personajes; la disfunción enfermiza del anciano, una anécdota. El centro del discurso y del suceso que lo hace posible es la impresión del hombre, genérico e inocente, ante la primera visión concreta de la muerte, con todo su realismo depositado en un objeto macabro por lo que es y por lo que refiere, y el rechazo de un ineludible destino, por parte del sujeto que sabe que a él se aproxima, mediante la fría planificación de una escena, que adquiere categoría de rito en un ámbito adecuado y ante un público previamente escogido. El complejo narrativo, con sus símbolos, alimentan una trama, y en ella se comprende, en la que no se enseñan los motivos sino que se aplica lo externo desde un punto de vista próximo, para dar fe de un acontecimiento importante que afecta a quién se quiere siempre vivo, trata de aplazar su final y es capaz de planear su fuga hasta sus últimas consecuencias y el más mínimo detalle, depositando en otro, que aún posee la ignorancia y el poco conocimiento de un niño, la pesada carga que padece, su tiempo y su espacio. La figura que huye, al menos

transitoriamente, necesita un sustituto para encerrarlo en unos límites de los que, en su día, también querrá escaparse.

Mario Vargas Llosa acierta a crear la tensión necesaria en los primeros párrafos del cuento, de carácter descriptivo y situacional, en los que no se rechaza la intervención de unas voces que fijan, en un tiempo pasado, esa diferencia entre quién lleva a cabo el peso humano de la historia y aquellos que, de algún modo, se le enfrentan. La sucesiva presencia de elementos significativos provoca reacciones en ese solo personaje destacado que espera y teme el encuentro inicial, por su importancia y no por la falta de costumbre ya que es la llegada del nieto la que le obliga a permanecer en vigilia, nervioso y responsable, fuera del lugar y la cronología habituales. Un narrador externo es quien nos relata el paisaje, coloca en él la figura y repite sus palabras, debidamente identificadas en un diálogo único que tiende a enfrentar la razón de un estar concreto, plenamente asumido, con el miedo a ser descubierto fuera de los límites razonables. El contraste coloca las cosas en su sitio sin llegar a desvelar su misterio, provocando en el lector-testigo un interés morboso por aquello que se le va diciendo en forma calculada y en medidas dosis. La fuerza de lo escrito no se sitúa en la magnitud de un drama sino en los signos que anuncian un proceso, aún no completo, desde un tiempo que admite un antes y un después históricos, excluyendo un ahora que, en la lógica expositiva, carece de importancia. Esta ausencia del presente da sentido al relato en el momento en que se está contando y en su continua actualidad a la hora de leerlo.

La incierta exactitud de la espera, sus antecedentes y sus consecuencias, encuadra todo un texto en el que lo más importante no son las personas, aunque en él participen, sino su ir realizando una serie de gestos en los que interviene fundamentalmente la localización y situación precisas de cada objeto simbólico, con valor propio, con posibilidad de relacionarse y con capacidad para establecer un complejo imaginativo más amplio.

La síntesis argumental de "El abuelo" se resume no en la figura más evidente y sus actos, los de un supuesto viejo loco, sino en su utilización para ofrecer la visión ritualizada de un proceder iniciático centrado en un cráneo envuelto en llamas, en medio de un camino y un paisaje conocidos y ante los ojos espantados de un espectador capaz de sorprenderse por conservar aún la inocencia del niño y su ignorancia. El conjunto expositivo se mantiene a la debida distancia para mejor poder contemplarlos, interpretarlos y referirlos, después de haber llevado a cabo una labor de selección y distribución de los elementos de un lenguaje que adquiere así una categoría superior en su nuevo orden simbólico. El escenario, su personaje destacado y solo, su discurrir en la historia, externa o íntima, los objetos que busca, elige, prepara cuidadosamente y sitúa en el lugar que le corresponde, adquieren valor trascendente sin perder por ello contacto con la trágica realidad de un hombre condenado a vivir la proximidad de su propia muerte y el rechazo de los suyos. Las barreras de un mundo limitado han de saltarse para procurar la huida o el aplazamiento, a pesar del sacrificio y las víctimas que de él resulten, si se quiere alcanzar el otro lado del muro, siempre extraño pero atractivo por lo que tiene de victoria y de misterio. El encuentro del sujeto con su imagen más tétrica y ruinoso en su fragmento más sensual y representativo -la calavera no deja de ser el vaso que resta de un contenido compuesto de cuatro de los cinco sentidos humanos y un cerebro rector inteligente-, sus causas y sus consecuencias exigen la vigilante realización de un trabajo continuo y sordo, ciertamente impresionante.

El problema que plantea "El abuelo" va más allá de la simple exposición de los hechos, incluso supera la calificación de relato negro. Comprende las claves de un ser angustiado que se niega a permanecer inactivo, amodorrado o conforme ante un final marcado por su destino; de un individuo horrorizado por el descubrimiento de la muerte casi al principio de un tránsito que a ella habrá de conducirlo. Paisaje, persona y objetos, son la máscara de un ir siendo macabro y, sin embargo, esperanzador. Siempre se puede cambiar la suerte en un juego si se sabe colocar bien las fichas que marcarán el definitivo triunfo. Las tensiones y su violencia no se excluyen sino que guardan la fuerza de un querer seguir sobreviviendo a pesar de las leyes y las reglas que dictan lo contrario y a ello nos obligan. De la transgresión surge un universo sin dimensiones cronológicas, sin sitios concretos, verdadero ámbito revelador de un nuevo orden cualitativo y cuantitativo. Lo extraño se aproxima para complacernos, lo inmediato se aleja hasta perderse en el agujero del olvido, la espiral se proyecta hacia adelante y a ella se suman los cómplices adecuados.

Mirando con la perspectiva suficiente la obra narrativa de Mario Vargas Llosa, creemos, con Julio Ortega, que se destaca en ella el afán del escritor, o su inconsciencia razonada, por informarnos de un "mundo subvertido por *el mal y la distorsión* y que, por cierto, señala la ocurrencia de su lenguaje"(6). Esta consideración también vale para "El abuelo", un cuento en apariencia distinto a los que le acompañan en **Los jefes** y a las novelas que habrán de sucederlos, un relato en el que la historia narrada no coincide exactamente con lo externo, aunque se aproxime en lo que tiene de noticia y testimonio, sino que corre paralelo a la realidad, apuntando hacia la ritualización de un mito que se deja reconocer en la evidencia de sus símbolos. El registro total completa la visión del hombre capaz de exponer sus demonios y asumirlos para mejor narrar las condiciones sociales que engendran la violencia y su expresión, en el conjunto de sus relatos, fruto, cada uno de ellos, de "una sociedad violenta y represiva que engendra automáticamente la violencia de los individuos que pertenecen a ella, como reacción más o menos racional o solidaria o como rebelión individual que acepta los motivos más gratuitos -el "horror, el machismo, el odio personal- y adopta las formas más irracionales para manifestarse: la agresión física interindividual o de pandilla o grupo, a puñetazos o a cuchilladas" (7). "El abuelo", sin renunciar a lo anterior lo presenta invertido, dando la imagen sutil de un vivir cruel y calculado, inteligente y no visceral, aunque la respuesta provoque un grito de terror. Controversias, fallos, aciertos, ambigüedades, certezas y, como no, destrucciones, justifican la verdad de una labor literaria ligada al escritor que la siente, la concibe y la expresa. Mario Vargas Llosa demuestra su solidez desde el principio y en éste ya existe, incluso en un texto marcado por las divergencias, esa capacidad de sugerir en el cuento lo que en él no se trata en su forma evidente.

NOTAS

- (1) Günter W. Lorenz, **Diálogo con América Latina (Panorama de una literatura del futuro)**, Editorial Pomaire, Valparaíso, Chile, 1972, pág. 174.
- (2) **Ibídem**, pág. 174.
- (3) **Ibídem**, pág. 181.
- (4) La primera edición de **Los jefes**, de 1957 (Editorial Roca, Barcelona), constaba de cinco cuentos, entre los que se incluía "El abuelo". Este se sustituirá en una segunda edición, de 1963 (Populibros Peruanos, Lima), por "Un visitante". La tercera edición, de 1965 (José Godard Editor, Lima), volverá a incluirlo, manteniendo el otro relato. En sucesivas ediciones del libro se incluirán ya los seis fragmentos.
- (5) José M^a Castellet, pról. a **Los jefes**, Barral Editores, Barcelona, 1973, pág. 10.
- (6) Julio Ortega, "Vargas Llosa el habla del mal". Artículo publicado en la **Revista de la Universidad de México**, vol. 27, n° 8, abril de 1973, págs. 1-8. Incluido en **Mario Vargas Llosa**, ed. de José Miguel Oviedo, Taurus, col. El escritor y la crítica, Madrid, 1982, pág. 25.
- (7) José M^a Castellet, **op. cit.**, pág. 10.